

«Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si á Dios, Dios eres;» porque, *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est cum eo*; El que se allega á Dios, hácese un espíritu con él. Luego si de un espíritu vive, tendrá la misma vida, y se llamará Dios en su tanto, conforme á lo del salmo alegado por el Redentor en san Juan, en el capítulo 10: «Yo dije: Dioses sois, y todos los buenos sois hijos del Altísimo.» Conocia bien David que lo que amase le daría vida cual ello fuese; y así, decia: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est, et ponere in Domino Deo spem meam*; Muy buena cosa me es á mí allegarme á Dios y poner en él toda mi esperanza. Y porque sin vida poco aprovecha la riqueza ni aun el cielo, y con ella (digo la verdadera) no hace falta la gloria, decia: *Mihi autem quid est in coelo? Et á te quid volui super terram?* ¿Qué quiero yo, Dios mío, bien mío, gloria mía, sin vos en el cielo? Si vos, esperanza mía, no estáis allí, todo me será noche, todo tristeza, todo infierno; y si á vos, vida de mi alma, os tuviese en el infierno, me sería dulce paraíso, allí tendría yo gloria. ¿Qué quiero yo de vos sobre la tierra? Nada por cierto, pues sin vos no tengo vida, y el muerto nada ha menester de cuanto el mundo tiene. Pues decidme, David, ¿qué os daría contento? *Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum.* ¡Ah, que desmaya el alma mía y se enflaquece el corazón acordándome de lo que quiero! Dios mío, corazón mío, ¿qué puedo yo querer sino á vos? Que vos seáis mi heredad, de quien me viene todo el fruto de mi gloria: *Quia ecce, qui elongant se á te, peribunt*; Porque los que de Vos ¡oh fuente de vida! se apartan, perecen y mueren; porque, dejando la vida, ¿qué esperan sino topar con la muerte? Huyen de la fuente; ¿qué les queda sino morir de sed en el calor del infierno? Apártanse de su alma; luego serán una sombra vana. De lo dicho inferimos que, pues lo mejor y mas dulce que el hombre tiene es la vida, y conforme á recta razón ha de desear para sí la mejor y mas perfecta, y esta es Dios, y pues no la podemos alcanzar sino es amándole, que lo primero que tenemos de amar es Dios, pues él solo es superior á nuestra voluntad. Esto mismo nos enseña toda la orden de naturaleza; porque las cosas inferiores y menos dignas se mudan en las superiores y mas dignas. Así se convierten los elementos en las plantas; estas, por sus frutos, en naturaleza de animales, que los comen; los animales se convierten en el hombre, comiéndolos y manteniéndose de su carne; y allí se perfeccionan y ennoblecen. Luego, para que todo el hombre se mude en mejor, ha de amar primero á Dios. Toda la naturaleza da voces que la cosa que primero se ha de amar es Dios, y cuando falta esta orden, es mal amor y desordenado. Esto es lo de *diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua, et ex omnibus viribus tuis*. Mándanos el Señor que le amemos de todo corazón, con todas nuestras fuerzas, así del alma como del cuerpo, con todas nuestras potencias interiores y exteriores, y con todo lo que somos, para que nosotros todos nos mudemos en él, y no haya parte en nosotros que no se en-

noblezca, cobrando mas noble vida en él, amándole con todas ellas. Hé aquí agora la gran fuerza del amor, y de qué suerte une á los ángeles y á los hombres con Dios. Resta agora que digamos cómo va un hombre cayendo de tan alto estado, y viene á morir por el pecado, y á destruir y borrar la imagen de Dios, y á imprimir en su alma la del demonio.

PARTE II.

§. I.

Estado primero de pecadora.

Para pintar el estado de pecadora en que se vió la Madalena, será bien tomar el Evangelio por guía, para que nos adiestre y no nos perdamos de nuestro intento. Y lo primero, supongamos que el Espíritu de Dios nos pone delante los ojos á la Madalena como un raro y admirable ejemplo de penitencia. Suelen los grandes pecadores, á quien sus muchos pecados han traído á cegalles la luz del entendimiento, desconfiar de poder alcanzar perdón; porque, cuando entran en cuentas con su conciencia, á sí mismos se aborrecen y son intolerables. Y cuando les dicen: Hermano, ¿por qué no haceis penitencia? Por qué no acabais ya de determinaros á salir de vuestro pecado? Responden: ¿Cómo quereis que salga si ya para mí no hay cielo ni misericordia? Un hombre como yo, que toda su vida la ha gastado en ofensas contra Dios, ¿qué esperanzas podrá tener de su remedio? Y así, dejan de volverse á Dios, como lo dice Jeremías: *Prohibe pedem tuum á nuditate, et guttur tuum á siti. Et dixisti: desperavi, nequaquam faciam; adamavi quippe alienos, et post eos ambulabo*. Mira la locura de mi pueblo (dice el Señor), que diciéndole yo: Pueblo mío, ¿por qué, pudiendo andar calzado en el invierno, quereis andar descalzo? Por qué, pudiendo tener refresco en el verano y beber frio, quereis perecer de sed? Mas claro: ¿Por qué, alma, pudiendo andar vestida de gracia, que es ropa que os tendrá el frio de la desnudez del pecado, quereis andar desnuda de virtud y sufrir los hielos de los vicios? ¿Y por qué, pudiendo hallar refresco contra el calor desordenado de vuestras pasiones en mí, que soy fuente de vida eterna, quereis mas secaros al ardor de vuestros pecados, para haceros madero seco para arder para siempre en el infierno? Y Señor, ¿qué os respondió vuestro pueblo á tan justa querella? *Desperavi, nequaquam faciam*. La respuesta fué: «Ya es tarde, que he desesperado del remedio.» No lo haré, porque toda la vida he amado á los extranjeros, esto es, á los vicios y pecados, que se llaman *extranjeros* porque no eran de nuestra cosecha ni era lo que Dios había sembrado en el alma; porque el Señor solas virtudes había sembrado. Lo mismo dice en el capítulo 28 del mismo profeta. Diceles el Señor: *Revertatur unusquisque á via sua mala, et dirigite vias vestras, et studia vestra*. Acójales yo que torciesen la rienda del camino que llevaban, que se volbiesen á mí, que dejasen ya de pecar.

Respondieronme: *Desperavimus: post cogitationes nostras ibimus, et unusquisque pravitatem cordis sui mali faciemus*; Desesperado habemos; ya no hay mas de seguir tras nuestro deseo y hacer cada uno su mal intento. Otros hay que se excusan con decir que descan hacer penitencia, pero que no saben cómo la hagan. Y á las veces el pecado los ha traído á tal estado, que, aunque á ellos y á los hombres les parezca que hacen penitencia, no la hacen á los ojos de Dios, porque no lloran por él, sino por sí mismos. Lloraba Esaú, dice la Escritura, *Genesis*, 27, y refiérela san Pablo á los hebreos en el capítulo 12: *Esau propter unam escam vendidit primitiva sua; scilicet enim quoniam et postea cupiens haereditare benedictionem, reprobatus est: non enim invenit poenitentiae locum, quanquam cum lacrymis inquisisset eam*; No seáis profanos como Esaú (dice el Apóstol), el cual por una comida vendió el derecho de su mayorazgo. Que sabed que, después arrepentido, y deseando heredar la bendición de su padre Isaac, se halló burlado y llegó tarde su arrepentimiento; tanto, que no le aprovechó la penitencia, aunque la buscó con lágrimas. Pecó Esaú en vender la herencia de primogénito, porque era el derecho que tenían al sacerdocio, que iba entonces por los mayorazgos; y así, cometió simonía. Jacob no, porque no compró propiamente, sino solo redimió su vejación; pues que, conforme á la ordenación divina, á él se le debía el mayorazgo y la bendición. Lloró Esaú, no por su pecado, mas por el interés que perdía; y así, no fué verdadera penitencia, que á serlo no le negara el clementísimo Señor el perdón. Así fueron tambien las lágrimas del rey Antiocho, que, habiendo robado el templo de Jerusalem, le castigó Dios con una espantosa enfermedad; y siendo el dolor que le causaba vehementísimo, dice la Escritura: *Orabat scelestus Dominum, á quo non esset misericordiam consecuturus*; Oraba el malvado rey al Señor, de quien no había de recibir ni alcanzar misericordia. Pero la divina bondad á nadie desecha si de corazón se vuelven á él. Y así, dice el Sabio: *Quis enim invocavit Deum, et despectit eum?* ¿Quién hay que pueda decir con verdad que, habiendo llamado á Dios como debe, le haya Dios desechado y dado con la puerta en los ojos? Nadie por cierto. Así que, volviendo á nuestro propósito, unos desesperando del perdón por la grandeza de sus pecados, no hacen penitencia; otros dicen que no saben cómo la han de hacer; y ya que hacen algo, no es verdadera penitencia. Pues para que ni los unos ni los otros tengan excusa de su pecado, pone la Sabiduría divina un raro ejemplo de penitencia. Una Madalena cargada de pecados de piés á cabeza, que, con sus lágrimas y dolor, y amor que al Redentor tuvo, llegó á oír de la boca del mismo Dios aquel «bien te quiero», con que hace bienaventurados. Dice pues nuestro Evangelio:

§. II.

Rogaba á Jesus un cierto fariseo que comiese con él. Convidado uno á comer á Diógenes el Cínico, no quiso

E. XVI-I.

ir ni acetar el convite. Y preguntándole la causa, respondió: «Porque el otro día me convidaron y no me dieron gracias por ello.» Parecía á este filósofo que le habian de agradecer el querer ir convidado, y cierto tenía razón; porque, cuando vos llevais un hombre sabio á vuestra casa y le sentais á la mesa, mayor merced os hace él en ir que vos en llevalle. La razón es, porque lo que él en vuestra mesa come vale pocos maravedís, y lo que él allí os enseña no tiene precio. Dice el Sabio: *Narratio fatui quasi sarcina in via: nam in labiis sensati invenietur gratia. Os prudentis quaeritur in Ecclesia, et verba illius cogitabunt in cordibus suis*; ¿Qué pesado es un necio en entenderse (dice el Sabio), y cómo muele si os habla! Qué torpe es en declararse! Qué cabezudo en sus porfías! No hay carga que tanto pese al que va á pié como la conversacion cansada de un necio; lo que es al contrario en un discreto. Luego bien decia Diógenes, «que se le habian de dar gracias, porque acetaba el convite.» Pues si las merece un hombre sabio por el interés que trae su conversacion, ¿cuántas se deben de dar á Dios, que quiera comer con los hombres y honrarles su mesa? «Yo estoy á la puerta y llamo (dice el Señor); si alguno me abriere, entraré y cenaré con él.» ¡Oh gran Dios, que porque no sea menester buscarte estás á la puerta y no quieres mas de que te la den, que tú te entrarás! No dices, Señor, si alguno me rogare, sino si alguno me abriere; porque entienda el pecador que tiene un Dios tan pegajoso, que ha menester pocos achaques para entrar y quedarse en casa: *Deliciae meae esse cum filiis hominum*, decías tú, Señor. Pues ¿qué mucho que convidádotte y rogándote este fariseo comas con él? Pero aun aquí, Dios mío, hallo nueva razón de alabar tu bondad, tu clemencia y mansedumbre. No me espantaria yo de que Diógenes acetase la mesa ajena; porque al fin, ya que no le daban buenas gracias, no se las daban malas; mas, espántome mucho ver que admite Cristo convite de fariseo; porque no solo no le agradecian el acetallo, mas aun mirábanle á las manos y contábanle los bocados para calumniarlo. Y así, dice el Evangelista que entró un día de fiesta el Señor en casa de un fariseo á comer, y él y los demás le tenían ojo para ver si se desmandaba en algo para acusalle. Y así, le llamaban «gloton, destemplado, amigo del vino», y otras graves blasfemias. Pues Señor, ¿qué novedad es esta? ¿Vos no sois el que tenéis nombre de comer con los publicanos y pecadores? En el capítulo 23 de san Mateo nos pintais las costumbres de los fariseos de tal manera, que entendemos que no es gente de quien vos gustais. Gente que se pica de santa en lo exterior; vos, Señor, comeis corazones. Gente pagada de sí; vos, Señor, quereis los hombres descontentos de sí mismos. Gente ambiciosa, codiciosa, gran pregonera de sus cosas; vos, Señor, abomináis todo esto. Finalmente, por el mismo caso que gustais tanto de comer con sus contrarios los publicanos, entendemos que estotra gente no es á vuestro sabor. Convidaisos á comer con un Zaqueo, pero era príncipe de los publicanos. Vaisos con Mateo, pero

era un alcahalero pecador. Pues ¿qué quiere decir agorá mudar costumbre? Y aun por eso dice el Evangelista: *Rogabat*; Rogado va, y muy rogado. A los otros él se convida, pero con estos rogado y casi por fuerza. Y entiendo que mas le lleva la pecadora que sabe que ha de ganar allí. En casa del otro fariseo sanó un hidrópico, y por eso fué; aquí sana una gran pecadora, y por eso va. Mas ¿cómo no quereis que vaya si dice *Rogabat*? ¡Oh fuerza del ruego é importunacion, que trae á Dios á casa de un pecador! *Et si ille perseveraverit pulsans, dico vobis, propter improbitatem ejus surget, et dabit illi*, dice el Señor. Quien tiene un amigo que si acaso de noche y á deshora le viene un huésped y se halla desproveido de lo que ha menester para dalle de cenar; este vase á casa de su amigo, y dícele: «Un huésped me ha venido, prestadme tanto pan y vino para dalle.» Si estando ya acostado, se le excusa que no es ya hora de abrir la puerta y que no hay quien se lo dé; si el que tiene la necesidad insiste llamando, y ruega, «En verdad os digo (dice Cristo) que, cuando no lo haga por su amigo, por la importunacion y por echallo de si se levantará y le dará lo que pide y aun mas de lo que pide.» Poderosa fuerza la de la oracion, que va cautivo Dios, va atadas las manos, va rendido! ¿Cómo quereis que vaya adonde este fuerte Jacob, este vitorioso luchador de la oracion le lleva? Por eso va á comer. Esmerase Dios en pagar bien la posada; porque no cabe en ley de buena crianza posar en una casa y dejar al huésped descontento. Elías pagó la posada á la pobre Sunamites con dalle harina y aceite para el tiempo de la gran hambre, y después le resucitó el hijo que era muerto. Su discípulo Eliseo por sus oraciones alcanzó que tuviese hijo su huésped, y después, habiéndosele muerto, le volvió á la vida. Pues si entre gente de bien se tiene esto por falta, ¿cuánta razon será que entendamos que pagará bien Dios la posada que le diéremos? El bienaventurado san Ambrosio pondera mucho aquella diligencia con que Zaqueo hospedó á Cristo. ¡Qué priesa es esta! *Sciebat uberem esse hospitii mercedem*; Habia oido decir Zaqueo á otros huéspedes cuán bien pagaba Cristo, y por eso se mostraba tan diligente. Comia con pecadores, y perdonábales sus pecados; con los gentiles, y traíalos á la fe; con sus amigos, por acrecentallos en su amor; con los fariseos, para humillarlos; y así, no quedó este sin galardón, pues fué alumbrado del error en que vivía, y en su casa se celebró tan alto sacramento como el de la Penitencia.

§. III.

Et ingressus domum pharisaei discubuit. No es el Señor de los que amientras mas lo ruegan mas se extienden. No os turbe el haberos dicho que le rogaba y que á fuerza de ruegos se va con el que le convida; que no es esto porque él os quiera negar lo que pedis, sino por gozar de vuestro ruego, que es lenguaje que á él mismo agrada. Tiene un padre un hijo pequeñuelo, y el niño viendo al padre con una manzana en la mano, pídesela; no se la da luego, cierto es que huelga de

dársela; pero por gozar de los halagos y lisonjas del niño se la detiene. Iba la Cananea en pos del Redentor, lloraba, llamábale, pedíale misericordia para una hija que tenía; la necesidad era grande, sus lágrimas muchas, su fe extremada, su trabajo digno de compasion, y con todo eso: *Non respondit ei verbum*; dice el Evangelio que «no le respondió palabra». Sobre lo cual dice san Crisóstomo, espantado que no le respondió palabra: ¡Oh cosa nunca vista! Oh caso jamás esperado de Dios, que le ruegue una mujer, que le suplique, que le importune, que llore su causa, que cuente su pasion y acreciente la tragedia con llantos, y que el Amador de los hombres no le responda! ¡Que calle la palabra! Que esté cerrada la fuente! Que el médico detenga las medicinas! ¿Qué es esto, espejo de los santos, resplandor de la gloria? Qué novedad es esta, oh guarda de los hombres? Vos provocais á otros á que os sigan, ¿y á esta miserable mujer, que os sigue, la desechais? ¿Qué esperanza me queda, oh Padre del cielo, á mí, tibio, si á tanta fe cerrais la puerta! ¿Adónde está lo de *pulsate, et aperietur vobis*; Llamad y os abrirán? Vos, Señor, en naciendo trujistes de Oriente á los reyes, y resucitando mandais á vuestros discípulos que vayan por el mundo á convertir gentes; ¿y ahora, que viene esta desdichada mujer á rogaros por su hija, llorando su desventura, no le respondeis? Al Centurion, que os rogó por su paje, le dijistes: «Yo iré y le curaré;» á un ladrón, por una palabra le dais el cielo; al paralítico, sin pedirlo, le mandais que se levante sano; á Lázaro le volveis de allá del infierno; vos, que curais los leprosos, resucitais los muertos, alumbrais los ciegos, salvais los ladrones, perdonais las rameras, ¿no respondeis á esta desventurada? Era porque se holgaba del sufrimiento y paciencia de la Cananea, y por acrecentalla en la fe, y porque la mas alta alabanza que damos á Dios es fener siempre grandes esperanzas de su misericordia: *Ego autem semper sperabo, et adjiciam super omnem laudem tuam*, dice David; Yo, Señor, siempre esperaré, aunque me vea el agua hasta la boca, siempre tendré esperanza que me ha de llegar á sazón vuestro socorro, y con esto acrecentaré sobre todo vuestra alabanza, porque huelga mucho el Señor que esperemos de su Majestad grandes cosas. Así, en nuestro propósito, si se hace de rogar algunas veces, no es por no concedernos la merced que le pedimos, siendo justa, mas por el contento que recibe de que le roguemos. Si no, miradlo en la facilidad con que en entrando se sentó á la mesa; parece que temia no le desconvidase. Parece esto á lo del hijo pródigo, que en viéndole de lejos corrió, los brazos abiertos, á recibirle, como si temiera que se le habia de volver. ¡Oh entrañas de misericordia! Y ¿adónde con tanta priesa? ¿Para dónde correis, Dios mío? Dejadme, que voy á recibir á mi hijo. Pues Señor, ¿no veis que os ha gastado la hacienda? No veis que os ha ofendido? ¿Que es un perdulario? ¡Ah! que es mi hijo, dice el buen Padre Dios, y voy muy alegre para recibirle. Luego en entrando se asentó el Señor; luego quiere posesion, y de tal manera, que, después de entrado,

no se os irá hasta que le echeis de casa, y aun después se os arrimará á la puerta, esperando si le quereis abrir: *En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos*, decia la esposa; ¿No veis á mi esposo, á mi amado, que está tras la puerta, mirando por los resquicios del cancel y acechando por las rendijas de las ventanas? Es que está mirando qué es lo que hace la esposa, el alma, con deseo de hallar por donde entrar. Por esto se llama sol; porque, así como el sol entra por cualquier agujerito de la ventana, por pequeño que sea, así tambien Dios, por cualquiera entrada que le deis, por cualquiera ocasioncita, por un oído que deis abierto, por una palabrita, por un suspiro dado con deseo, al fin se aprovecha de cualquier ocasioncilla que halla para nuestro remedio. Por agua se lanzó para entrar á una samaritana, por pesca para un san Pedro, y le hace decir: *Exi á me Domine, quia homo peccator ego sum*; Señor, salí de tan pobre barca como la mia, que soy un hombre pecador que no merece tanto bien. ¡Oh san Pedro! Y ¿qué decis? El anda por quedarse en casa, y vos por echarle della. ¿Y si sois pecador? Y aun por eso es bien detenerle, que á la presencia de la gracia necesario será que huya el pecado; paréceteles á los hombres que es negocio de cumplimento, y que es metáfora y manera de hablar que inventan los predicadores, sacada de sus cabezas; porque dicen ellos que no ven á Dios tras la puerta. Esto es de entendimientos muy carnales. ¿Y no miras una buena inspiracion que Dios te envía? ¿Un castigo, un no enviarte agua, una enfermedad? Que sea esto así; que llame, y para ello envíe estos castigos, pruébase en muchos lugares de la Escritura, particularmente en el capítulo 4.º del profeta Amós; y porque el lugar es galan lo diré aquí todo: «Oid, vacas gordas, las que os apacentais en los fértiles montes de Samaria, los que á los pobrecillos los armais lazos y los calumnias, hechos acusadores de lo que no cometieron, por pelalles la poca hacenduela que tienen. Jurado ha el Señor por vida de su Hijo, que es su santo, y ha puesto la mano en el ara consagrada, que han de venir dias en que, hechos tasajos, os han de asar vuestros enemigos en lanzas y hincharán sus ollas de vuestras carnes, y que harán ollas podridas de vosotros. ¿Por qué, Señor, tal estrago en ellos? Porque yo, por vuestros graves pecados, os dí tanta falta de pan, que se os olvidaba el comer y se os mohecian los dientes; y con todo eso, no os volvistes á mí, dice el Señor. Yo tambien os quité la lluvia y cerré el arca del agua; lloví sobre una ciudad, y no sobre otra, y los campos que no se llovieron se secaron; y venian dos pueblos y tres á buscar agua á otro, donde sabian que habia alguna fuente; y les daban el agua por tasa, de suerte que no se hartaban; y no os habeis vuelto á mí, dice el Señor. Envié arañuela en vuestros frutales, helé las viñas, añublé vuestras huertas, comióse el gusano las aceitunas, y ni aun así os volvistes á mí, dice el Señor. Envié muerte y cuchillo en vosotros, camino de Egipto, cuando os salieron los enemigos con mano armada, y cayeron en

la guerra los mas floridos y robustos de vuestros soldados; los enemigos apañaron la presa y cautivaron vuestros caballos, y fué tanta la carnicería, que llegaba el hedor de los muertos á vuestras narices; y no os volvisteis á mí, dice el Señor. Mas, que os derroqué las casas y poblados, como á Sodoma y Gomorra, y salistes del fuego como tizones medio quemados; y con todo eso, no habeis vuelto á mí, dice el Señor.» De manera que en todo este capítulo va probando remedios para entrarse en casa, y si los castigaba, era no mas que llamarlos para que se volbiesen á él. Y porque vi este capítulo 4.º del profeta Amós traducido á la letra, he querido ponerlo aquí para desempalagar el gusto á los que esto leyeren.

Oidme, vacas gordas
Del monte de Samaria,
A do paceis las yerbas regaladas,
Y las orejas sordas
Volved ya voluntariamente,
del verde pasto descuidadas:
Por vos son quebrantadas
Las fuerzas á los pobres,
Robando sus alhajas,
Hasta las pocas pajas
Del pobre lecho; que aun los duros robres
Lloran sus sinrazones,
Con no habelless Dios dado corazones.

Pues ya Dios ha jurado
Por vida de su Hijo,
Con la mano en el ara consagrada,
Que el enemigo airado,
Con grita y regocijo,
Le vengará esta injuria con la espada,
Y que despedazada
Vuestra carne, allí luego
Harán los asadores
De las lanzas mayores,
Y asarán los tasajos en el fuego;
Y para sus comidas
Harán de lo que queda ollas podridas.

En Betel adorastes,
Do está el becerro de oro,
Y en Galgala, lugar de idolatria;
Y pues ya comenzastes,
Gastá el rico tesoro
En tales sacrificios noche y dia.
Y de la hacienda mia
Les ofreced primicia,
Y al pan con levadura
Llamad ofrenda pura.
Oh hijos de Israel, tanta malicia
¿Cómo será posible
Que no se vengue con furor terrible?

Pensando de emendaros,
Por pan os di gran hambre,
De suerte que el comer se os olvidaba.
No me bastó cortaros
De la vida el estambre
Cuando en lo mas florido y verde estaba.
Y puesto que os llamaba,
Jamás á mí os volvistes;
Yo, faltando tres meses

Para coger las mieses,
Mandé que no lloviese, como vistes,
Y el agua cayó de arte,
Que á vuestras mieses no les cupo parte.

Los rios desmayaron,
Secáronse las fuentes,
La gente se caía, de sedienta.
Dos pueblos se juntaron
Por buscar las corrientes,
De quien acaso alguno les da cuenta.
Mas aun el agua lenta
En viéndolos huía;
Y así, no se hartaban,
Aunque lo procuraban;
Mas esto no venció vuestra porfia,
Ni quisistes volveros
A mí, que me dolía solo en veros.

Pasó mas el castigo,
Porque os envié langosta,
Y vuestros huertos todos se añublaron;
Y al gusano enemigo
Mantuve en vuestra costa,
Cuyos dientes las viñas os talaron;
Tampoco perdonaron
Al olivo aceitoso,
Ni á la higuera verde,
Que el dulce fruto pierde;
Mas no os bastó un castigo tan furioso.
Ni quisiste volveros
A mí, que me dolía solo el veros.

Salió la muerte airada,
Y camino de Egipto
Degolló vuestros mozos mas valientes;
La juventud prostrada
Quedó en aquel conffito,
Para mayor espanto de las gentes.
Los caballos dolientes
Y tristes van cautivos,
Y el hedor de los muertos
Llega de los desiertos
A dar en las narices de los vivos;
Mas no basta volveros
A mí, que me dolía solo el veros.

No contento con eso,
Por sota vuestra emienda
Derroqué vuestras casas por el suelo,
Y de Sodoma el peso
Os cargué, porque entienda
Vuestra maldad la tierra y todo el cielo.
Quedastes deste duelo
Como tizon quemados.
Cielos, seime testigos
Que, tras tantos castigos,
Los hijos de Israel me han olvidado:
Ni se han vuelto, con ellos,
A mí, que me dolía solo el vellos.

Yo haré, Israel,
Estas cosas contigo,
Y á lo menos, después de ya pasadas,
Seime siquiera fiel
Y tenme por amigo,
Y disparte á seguir tras mis pisadas.
Quien crió las peladas
Montañas, y el que cria
Este viento que vuela,

Y al hombre le revela
Su querer, y la noche vuelve en día,
Tiene, porque te asombre,
Señor de los ejércitos por nombre.

De lo que el Señor dice en este capítulo del santo Profeta, se colige evidentemente cuánta verdad sea lo que íbamos tratando del deseo que tiene de estar con nosotros, y que los castigos que envía, las amenazas, y todo lo que á nosotros nos parece aspereza y desamor, no es otra cosa sino un llamar á la puerta y estar arriado á ella, aguardando que le abramos. Al otro le levanta los ojos al cielo para que vea las grandes obras de Dios, y de allí se mueva á recogerse y á ver que ha ofendido á Dios. A unos amenaza, á otros halaga; á estos pide celos, á aquellos se muestra enojado. Pues ¿qué otra cosa es tan vario modo de atraer, sino estar mirando Dios tras la puerta para atalayar si vos descubris en vos algun portillo por donde él pueda entrar á vivir con vos? Si no tuviéramos palabra de Dios firmada con el sello del su Espíritu en la sagrada Escritura, que nos dijera que es el gusto que Dios toma con el hombre y con su trato, no lo dijera yo. Después de criado el hombre, que fué lo último con que Dios alzó de obra, dice la Escritura: *Requievit Dominus ab universo opere, quod pararat*; esto es, cuando Dios en el primero día hizo la luz no quedaba del todo contento; y así, al segundo día hizo el cielo estrellado; y puesto que le dió contento su belleza, como tambien se le habia dado la luz, aun le faltaba algo para su regalo; por eso al tercero día descubrió la tierra y poblóla de yerbas y plantas y de árboles de fruta; parecióle bien á Dios, pero aun quedaba lo mejor. Llega el cuarto día, y cria esas dos lumbreras del cielo: el sol, que es fuente de luz, alegría del mundo, espejo purísimo y resplandeciente, ojo del cielo; y la luna, caudillo y princesa de las estrellas; para que el uno alumbrase el día, y la otra presidiese de noche á las obras de los mortales. ¿Quién pensara que habia mas que desear ni que quisiera Dios pasar mas adelante, viendo aquella hermosura que tanto lleva tras sí los ojos? Pues, aunque le pareció muy rebien á Dios, dice que no lo ha por eso; y al quinto día hinche esos senos del mar inmenso de diversidad de pescados que jueguen á su placer en las espaciosas aguas; y los rios y estanques, fuentes, manda que se pueblen de peces; cosa que, aunque la belleza del sol y luna y estrellas es mucha, al fin no viven ni sienten ni tienen actos vitales, como los peces, y por eso son mas nobles. Manda tambien que en ese mismo día del agua se produzgan las aves, para que con libre vuelo, rompiendo el delicado viento con las vagas alas, jueguen en el abierto cielo, y que con las doradas plumas, pintadas de mil colores, retocadas con los rayos del sol, hagan millares de vislumbres, pareciendo mas hermosas de lo que son en su ser natural. Ni aun aquí cansó la poderosa y liberal mano del gran Padre del cielo; y así, por no dejar la tierra mas pobre y despojada de lo que habia hecho al aire, manda que al sexto día salgan en nuevo ser todas las especies de animales

de que tan llenos vemos hoy los campos y los montes y toda la tierra, con tanta variedad de propiedades y condiciones, que lo mas que dellas sabemos es lo menos que ellas tienen. ¿Hay mas que desear, gran Dios? ¿Falta aun algo para vuestro contento? ¿Queda cosa que sea de nuestro gusto que no esté ya hecha? Bien estáis en la cuenta; aun falta lo mejor y no ha llegado á su punto el descanso mio, dice Dios. Y para que mejor se entienda, nota lo que Abdalá, sarraceno, dijo: preguntado cual era la cosa de mayor admiracion que en esta mundana farsa se hallaba, respondió que el hombre. Lo mismo dijo Hermes Trismegisto, hablando con su hijo Asclepio: *Magnum, oh Asclepi, miraculum est homo!* ¡Por cierto, oh Asclepio, gran milagro es el hombre! No es la razon las alabanzas que del hombre se dicen, que es lengua de todas las criaturas, pariente de los ángeles, intérprete de naturaleza, medio entre la eternidad y el tiempo, y como dicen los persas, lazo del mundo, poco menor que los del cielo; grandes cosas son estas, pero no tales, que con derecho se alcen con el nombre de admirables, pues los ángeles les hacen mil ventajas. La razon principal es: habia el soberano Maestro compuesto esta mundana casa á la traza de su sabiduría; habia hermoseado de espíritus la sobrecelestial region, las esferas de estrellas y planetas, todo este mundo inferior le habia poblado de animales; faltaba quien conociese la grandeza del Hacedor y la ilustre obra; por esto, acabando ya todo lo demás, comenzó á tratar de producir al hombre. Pero ¿cómo será eso, que en los archivos divinos no hay de donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredalle, ni en las sillas del mundo no hay lugar adonde este contemplador del universo se asiente? Pero decidme, sabio moro: ¿cómo decis que en los archivos divinos no hay donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredalle, ni en las sillas del mundo no hay alguna vacía donde se asiente? Bien digo, respondo Abdalá, porque el hijo ha de ser intelectual ó no. Si ha de serlo, ya en el cielo lo hay, y la region suprema está llena de espíritus intelectuales; si no ha de tener entendimiento, ha de ser bruto; ya la tierra está llena dellos; y mas, que si de sus tesoros se le ha de dar gloria, ya la tienen los ángeles; si tierra, ya la poseen los brutos. Y esto es lo que dice la Escritura: *Igitur perfecti sunt coeli, et terra, et omnis ornatus eorum; sed homo non erat, qui operaretur terram*; Acabó (dice Moises) el Señor de dar perfeccion á los cielos, hinchéndolos de ángeles, á la tierra poblándola de animales, crió todo lo que para el ornato y hermosura del cielo y tierra era menester; pero no habia criado al hombre, que pudiese trabajar y labrar el paraíso. Mas no era cosa decente que Dios no pudiese tener otro nuevo hijo, siendo de poder infinito, ni le estaba bien á su gran sabiduría ni á su paterno amor. Determinó pues el supremo Artífice que aquel á quien no se le podia dar alguna cosa nueva, le fuese comun todo lo que á los demás animales les era propio. Toma pues al hombre, que aun no tenia propia imágen, y puesto en medio, hablóle

así: Ni te damos cierto asiento ni propio rostro ni don particular; porque la silla que conforme á tu albedrío y el rostro y los dones que tú te descares y quisieres escoger, esos tengas; todas las demás criaturas tienen limitadas leyes y naturalezas; á tí ningunas te estrechan. Por tu albedrío, en cuya mano te he puesto, has de hacerle ley; púsete en medio del mundo para que de allí mirases mejor lo que hay en él; ni te hicimos celestial ni eterno, mortal ni inmortal; tú has de ser como árbitro y nuevo entallador de tí mismo; podrás degenerar en las cosas inferiores que son los brutos, y podrás transformarte en las superiores y divinas, segun te pareciere. ¡Oh suma liberalidad del Padre celestial! Oh admirable felicidad del hombre, á quien fué dado tener lo que desea, ser lo que quisiere! Los brutos desde su nacimiento sacan consigo lo que han de ser; los ángeles en siendo criados se hallaron perfectos, y en eso no se gastó tiempo; mas en el hombre sembró Dios todo linaje de semillas de virtud, y conforme á lo que cada uno labrare, aquello cogerá; si regalos del cuerpo, haráse planta, que solo se aumenta y crece; si las cosas sensuales, será bruto; si las racionales, saldrá animal celestial; si las cosas intelectuales amare, será ángel; y si con ninguna destas suertes se contenta, si se volviere á su centro y se uniere con él, haráse un espíritu, y endiosarse ha; porque quien se allega á Dios hácese un espíritu con Dios. Hé aquí al hombre criado, y compuesto el mundo. En acabando Dios de criar al hombre, dice la sagrada Escritura: *Et requievit Deus &ie septimo ab universo opere quod pararat*; Descansó Dios de las obras que habia hecho; esto es, no habia descansado en la creacion de todas las cosas hasta que formó al hombre. Entonces dijo: «Agora sí estoy contento, que he hecho casa para mí; ya tengo donde reposar, en el hombre estará mi descanso de aquí adelante.» Diréisme que no es tan literal ese lugar, y que querriades que os diese alguno que os convenciese, pues es cosa en que tanto os va, y de que recibiréis mucho gusto y aun mucha confianza si os lo persuadiésemos. Pues mirá: Dios quiso tanto al hombre, que primero le aderezó casa acá en la tierra, y después le tomó posada allá en el cielo, como á gran señor; que cierto está que Dios no la habia menester para sí. En el capítulo 8.º de los *Proverbios* pinta la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, la creacion de todas las cosas; que por pintalla David galanamente, la pondré aquí en verso, explicando el salmo; porque el capítulo 8.º de los *Proverbios* de su hijo, y este salmo del padre, dicen una misma cosa.

SALMO CIII.

Las obras contemplando
De aquella mano, dina
Del gran Padre y artífice divino,
Mi alma va faltando,
Porque á luz tan vecina
No ve seguro paso ni hay camino;
Mas á ciegas y á tino
Canta, alma, alguna cosa,
Y alaba como quiera

La gloria verdadera
Del que en la inaccesible lumbre posa;
Pues mostró en lo criado
Que grandemente se ha magnificado.

Cubierto de hermosura,
Cercado de alabanza,
De claro resplandor estás vestido.
Y en la mayor altura,
Do humano ser no alcanza,
Los cielos como piel has extendido;
Y porque el encendido
Planeta acá enviase
Su fuerza, con que al mundo
Le da ser tan fecundo,
Porque á la superior parte no pase,
Un cristalino cielo
Pusiste encima de aguas hechas hielo.

Cual nube en el oriente,
Bañada del tesoro
De Febo, con mil luces hermoosas;
Así en resplandeciente
Nube bordada de oro
Subes, do el cielo mides y rodeas;
Y á veces te paseas
En las plumas del viento.
Los pajes de tu casa,
Como fuego que abrasa,
Ligeros mas que humano pensamiento,
Que del mas alto cielo
En un punto por tí bajan al suelo.

Sobre fuertes columnas
La tierra has asentado,
Que en sí misma está firme, eterna, estable.
A do jamás algunas
Fuerzas de brazo airado
La mudarán; que el centro no es mudable.
¿Qué lengua habrá que hable
Cómo el inmenso abismo
Con sus aguas la viste?
A quien tú le dijiste:
Vos encerrá mil montes en vos mismo,
Y de ondas coronados,
Sepulta el mar mil cerros empinados.

A la voz poderosa
Que diste antiguamente,
Cuando todo de nada lo criaste,
Huyó la mar, medrosa,
Y encogió la corriente,
A do en sus anchos senos la encerraste,
Y sus ondas turbaste
Con un horrendo trueno.
¿Oh traza soberana,
Pues en la tierra llana,
El valle de menuda yerba lleno,
Fundaste, y de allí subes
Los montes que compiten con las nubes!

¿Oh fuerza, oh poderío,
Oh valor verdadero
De tu brazo, que el bravo mar enfrena;
Y quebrantas su brio,
No en montañas de acero,
Sino en una menuda y floja arena!
Y cuando brama y suena,
Porque con cruda guerra
Los vientos forcejando,

Y en las aguas luchando,
Con ellas piensan anegar la tierra;
Aquellas ondas bravas,
Aun sin cubrir la arena las desbravas.

Tú por secretas minas
Y venas de la tierra,
En los valles amenos rompes fuentes;
Los rios encaminas
Por entre sierra y sierra,
Y entre montes das paso á sus corrientes.
En sus aguas lucientes
Bebe el león; y el oso,
El gamo, el ciervo juegan,
Cuando á las fuentes llegan,
En medio del estío caluroso;
Y mientras su vez viene,
Al salvaje asno su gran sed detiene,

Sobre las altas breñas
Diste á las aves nido,
Do sin recelo libres anidasen;
Y en medio de las peñas,
Con canto no aprendido,
Con sus harpadas lenguas te alabasen,
Y que cuando callasen,
Por el oscuro velo
De la noche serena,
Sola la filomena,
Por dulce garganta en triste duelo,
Despida sus querellas,
Moviendo á compasion á las estrellas.

Y de la rueda helada
Que tira el eje frio
Del nocturno planeta, va asentado;
De yerba aljofarada
Con el fresco rocío
Las cumbres de los montes has pintado;
Con paso apresurado
Bajan de allá las fuentes,
Porque le quepa parte
A la tierra y se harte,
Y pueda producir á los vivientes
Brutos el heno y yerba,
Cuyo ser para el hombre se conserva.

Que el bruto la trabaja,
Y la cerviz cerdosa
Del buey la rompa; adonde el pan se esconde.
Y después con ventaja
Rinde el fruto gozosa,
Y al labrador á veinte le responde.
Riegas las viñas, donde
Nace el licor que alegra
El corazon humano,
Y quita con su mano
La vil melancolía oscura y negra.
Y el aceite le diste,
Que torna alegre el rostro del mas triste.

Porque nada faltase,
Le diste el pan al hombre,
Que el corazon confirma desmayado;
Ni aun un árbol quedase
Ni cedro que se nombre,
Que no sea de tu mano sustentado.
Hacen el nido amado
Las aves en las ramas
De los bosques sombrosos;

Mas en los poderosos
Arboles las cigüeñas encaramas,
Do en su nido presiden
A las aves que mas abajo anidan.

Al ciervo temeroso
Le diste su vivienda
Sobre los altos montes, do se esconde;
Y al erizo espinoso,
Para que se defienda,
La piedra (que es tu Cristo, á quien responde).
La blanca luna, donde
Del tiempo la mudanza
Conocemos, se viste
De luz, porque quisiste
Que ella y el sol guardasen alianza,
Saliendo á tiempo cierto,
Y poniéndose el sol por su concierto.

Y cuando el encendido
Planeta al occidente
Fenece la jornada, le sucede
La noche, do adormido
El misero doliente,
Aloja su cuidado en cuanto puede.
No habiendo quien lo vede,
Los ligeros venados,
Sin miedo de los perros,
Dejan los altos cerros
A do entre dia estaban emboscados;
Y juegan sin recelo,
Corriendo por el prado y verde suelo.

El leoncillo hambriento
Se sale de la cueva,
A cuya voz los otros animales,
Mas ligeros que el viento,
Buscan guarida nueva,
Porque son en la fuerza desiguales.
A Dios piden los tales
Con la voz temerosa
Y con la cerviz alta
La presa que les falta,
Forzados de la hambre congojosa.
Que á cuanto tú heciste
De sustento bastante proveiste.

Mas cuando el rubio Apolo
Los rayos de oro muestra,
Huyen, y se retiran á sus cuevas;
No queda ni uno solo;
El tigre y onza diestra
Se encovian á pensar en cazas nuevas;
Levántase á sus pruebas
El hombre, y deja el lecho,
Y sale á su ejercicio,
Hasta que, del oficio
Cansado, ve que el sol camina derecho,
Y llega al occidente
A dar luz á la ya hallada gente.

¿Qué grandes son tus obras,
Señor de lo criado!
Altas, perfetas, sabias, acabadas.
Por tales hechos cobras
Un nombre, que loado
Serás en mil edades prolongadas.
En tu saber fundadas
Todas las cosas haces;
Y la tierra poblaste

De lo que tú criaste,
Porque en tus criaturas te complaces.
Y tú te sirves dellas
Desde el infimo centro á las estrellas.

Tú diste al mar furioso
Sus aguas espaciosas,
Y senos que le sirven como manos;
Allí el pece escamoso
Rompe las espumosas
Ondas, con los lacivos juegos vanos.
No pueden los humanos
Contar la diferencia
De peces que allí viven,
Porque solo se escriben
En tu eterna memoria y alta ciencia.
Y en esas ondas tales
Navegan con sus naves los mortales.

El mar para su juego
Le diste, por mostrarte
A aquel fiero dragon que al mundo espanta,
Que con sus cejas ciego,
Las grandes aguas parte;
Mas no le vale ser de fuerza tanta,
Que el lazo á la garganta,
Como con avecilla
Juegas con la ballena;
Y de tu mano llena
Espera cada cual su partecilla,
Que á su tiempo repartes
A todo lo criado iguales partes.

Tú, como la gallina,
Que á sus tiernos hijuelos
El granillo señala con el pico,
Con tu mano divina
Desde los altos cielos
Repartes su manjar al grande y chico.
De bienes queda rico
El mundo si la mano
Abres; pero si escondes
El rostro, y no respondes
Al gemido del hombre ciego y vano,
Se turba y desvanece;
Que adónde tú no estás, todo perece.

Está de tí colgado
El ser, sustento y vida,
Pues que de tí y por tí y en tí vivimos;
Mas si tú el aire amado
Nos quitas, es perdida
La vida, y en el polvo nos pudrimos.
Mas luego revivimos
Si tu Espiritu envías,
Que la muerte destierra;
Y el rostro de la tierra
Renuevas con el sol y claros dias,
Que al fin esos tus ojos,
Del corazon destierran los enojos.

Duré, Señor, tu gloria
Por siglos prolongados,
Y alégrate, gran Dios, en tu hechura,
Y en eterna memoria
tus hechos celebrados
Sean de toda humana criatura.
Cuando Dios de la altura
Mira, tiembla la tierra;
Y los altos collados,